

# Ser cristiano

*Francisco Berjano Arenado*

Miembro del Consejo Diocesano de Pastoral de la Archidiócesis de Sevilla

Hay que partir de la base de que el cristianismo no se propaga sólo por medio de la palabra sino, sustancialmente, por las obras, por los gestos. En este sentido, la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace es fundamental, hasta el punto de que una disociación entre una cosa y la otra lo único que consigue es alejar de ese cristianismo a quienes contemplan tal “panorama”.

La palabrería, los “golpes de pecho” y los ritos vacuos (el rito por el rito) no llevan a ningún lado; ni al que participa de tales actividades ni a los que las observan. El mero cumplimiento con lo normado o con la costumbre, sin espiritualidad, ni valen, ni sirven.

Por tanto, el cristiano (laicos y consagrados), si quiere hacer llegar a Cristo a los demás – la misión es tarea fundamental, porque ese Cristo nació, murió y resucitó por y para todos y no es propiedad exclusiva de los cristianos – ha de acometer esa tarea tratando de vivir de forma integral conforme al Evangelio, donde reside la esencia de los valores que alumbran su fe.

Su testimonio de vida, su ejemplo, su compromiso, será lo que, principalmente, servirá de “banderín de enganche” a quienes se encuentren alejados de esa fe. Repito, sólo la palabra no vale de nada, salvo que vaya acompañada de un modo de vida conforme a los principios evangélicos.

Está claro que para que esto pueda llevarse a cabo resulta determinante, se antoja como necesario, un previo encuentro personal con Jesucristo, una identificación con Él, una plena asunción de sus principios. Para que esto ocurra, a veces, será necesaria una previa conversión individual, una transformación personal, que no debe quedar en beneficio tan sólo del converso, sino que está hecha para trascender a la comunidad.

Pero, ¿Qué es actuar en cristiano? ¿Qué supone? Pues, ni más ni menos que proscribir de nuestra conducta la soberbia, la altanería, la prepotencia, la antipatía, el despotismo, la irascibilidad y la crítica gratuita y dañina; decir la verdad no es excusa ni da “patente de corso” para dañar.

Por el contrario, es dejar paso a la comprensión, a la mirada limpia, al perdón – por él se libera el perdonado, pero sobre todo quien perdona -, al trato cariñoso y afectuoso, a la educación, a la bondad, al espíritu de servicio y atención al prójimo, a la alegría de haber “conocido” a Jesús. Un cristiano no puede, no debe, ser triste, porque la salvación no ha de dejarlo indiferente. También supone abrirse a la compasión, que es algo más que la empatía. El cristiano debe ponerse en el lugar del otro, hacerse cargo de su problema, entenderlo y ayudar a solucionarlo; vivir con él sus tristezas y sus alegrías, sufrir con sus penas y disfrutar con sus gozos.

Hay al día multitud de ocasiones para poner en práctica lo que acabo de exponer; vamos, desde que el cristiano se levanta hasta que se acuesta, pasando por el traslado al trabajo (por cierto, conduciendo un vehículo también surgen ocasiones para no comportarse como debe hacerlo alguien que sigue a Cristo), en éste, en los momentos de ocio... Ningún instante, ningún momento, ningún detalle, debe escapar a esa exigencia; en estos menesteres no existen vacaciones.

Creo que hay que hacer especial hincapié en la necesidad que debe tener el cristiano de acercamiento pleno – sin distancias marcadas y calculadas – a los que sufren, a los pobres (de alma y de cuerpo), a los enfermos, a los solitarios, a los abandonados. Esta tarea no ha de tomarse como un plus que añadir a la vida del cristiano, sencillamente porque no lo es; porque ahí es donde radica la esencia del cristianismo. Buscar la paz y proscribir la injusticia será su meta. Eso se llama hacer caridad, aunque no sea la única forma de hacerla.

Es fácil engañarse a uno mismo, justificando la ausencia de cercanía a esos que sufren, con miles de excusas – la familia, el trabajo, el descanso, etc. – o, tratando de darla por cumplida con aportaciones económicas de aquello que sobra, pero la realidad es la que es, y los necesitados fueron la prioridad de Cristo, ese Cristo al que siguen los cristianos.

Podría pensarse que las circunstancias sociales que imperan no son las ideales para mostrarse como cristiano ante los demás, que puede dar algo de reparo hacerlo, pero estimo que, como dije al principio, aquél no tiene que proclamar su fe con la palabra – o sólo con ella – sino, básicamente, con sus obras, y las obras del cristiano, si se asemejan a las de Cristo, tan sólo podrán hacer bien a quienes sean destinatarios de ellas, aunque no sean creyentes. En cualquier caso, el cristiano no debe sentirse acomplejado por serlo, porque la fe que vive, porque los valores que transmite son buenos para él y para los demás; están orientados al bien común. Por tal motivo, el testimonio de fe no debe dejar de darse por miedo, por el qué dirán, por vergüenza o por simple comodidad. El cristiano está llamado a ser “sal y luz en el mundo”.

Para que todo esto ocurra es necesario profundizar en la formación (personal y comunitaria), una formación que no debe ser aislada o puntual, y que no se justifica en sí misma (conocer por conocer, por simple erudición, o con un mero ánimo curricular o de cumplimiento de normas), sino que ha de ser algo instrumental - medial - que conduzca a quien se forma al encuentro personal con Jesucristo y a poner en práctica los principios del Evangelio; si esa formación no lleva al cristiano a la acción, no habrá cumplido su función, de nada habrá valido.

También se hace necesaria la oración, el diálogo con Cristo; hablarle y escucharlo. Sin la oración el cristiano se convertirá sólo en un gestor, si se quiere en un “gestor religioso”, pero únicamente eso, sin cercanía con lo trascendente y con ausencia del alimento espiritual que sirva de “carburante” para actuar en Cristo, por Cristo y como Cristo.

La cruz de cada día es difícil llevarla solo; no digo nada si, además, hay que ayudar a los demás a llevar la suya (eso es “cirenear”). Por tal motivo, se hace necesario que el cristiano alimente su fe, que no la deje abandonada. No se trata de utilizar esa fe como “recurso” para remediar o maquillar los males, sino de que éstos se acepten, aunque no se comprendan, gracias a esa fe.

En definitiva, se trata, como diría el sacerdote don Jaime Conde, de “oler a Cristo” constantemente y de que el cristiano se cuestione en cada momento si con su forma de ser y actuar transmite ese aroma a los demás.

Estas líneas que acabo de escribir son reflexiones que me hago a mí mismo y que me repito cada vez que puedo, porque soy al primero al que le hace falta recordarlas constantemente, pues no son pocas las ocasiones en que “hago agua”. Escribirlas me ayuda a interiorizarlas y releerlas a recordarlas. Ésa, y no otra, ha sido la única finalidad que me ha guiado a hacerlo.